



ENTREVISTA

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA – AÑO 17. Nº 59 (OCTUBRE-DICIEMBRE, 2012) PP. 125 - 129
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL
ISSN 1315-5216 ~ CESA - FACES - UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

Arturo Roig: “Nuestro desafío es hacer la democracia”

Arturo Roig: “Our Challenge is Making Democracy”

Ernesto ESPECHE / Mariana ORTIZ

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

RESUMEN

Ética, corrupción, poder, democracia y tiranía son algunos de los temas que aborda en esta entrevista el filósofo Arturo Andrés Roig. Esos conceptos transitan su libro *Ética del poder y moralidad de la protesta*. La entrevista fue realizada por el Dr. Ernesto Espeche y la Lic. Mariana Ortiz en 2002 y publicada en el suplemento Cultura del diario argentino *Los Andes* el domingo 18 de agosto de ese año.

Palabras clave: Democracia, ética, poder.

ABSTRACT

Ethics, corruption, power, democracy and tyranny are some of the topics treated in this interview with philosopher Arturo Andres Roig. These concepts are found throughout his book, *The Ethics of Power and the Morality of Protest*. The interview was conducted by Dr. Ernesto Espeche and Lic. Mariana Ortiz in 2002 and published in the cultural supplement of the Argentinean newspaper, “Los Andes,” on Sunday, August 18 of that year.

Keywords: Democracy, ethics, power.

El Dr. Arturo Roig desarrolla en la presente entrevista algunos de los temas que recorren su libro *Ética del poder y moralidad de la protesta*¹. El maestro, referente indiscutible de la filosofía latinoamericana, se ocupa de pensar los conflictos entre ética y poder, los problemas provocados por la ‘globalización’ y el rol que, en este escenario, les cabe a los intelectuales.

La entrevista –publicada el domingo 18 de agosto de 2002, en suplemento *Cultura* del diario *Los Andes* (Mendoza, Argentina)– tuvo lugar en 2002, cuando las consecuencias del proyecto neoliberal habían desatado fuertes protestas sociales en toda la región. En ese marco, Roig asumió su rol como intelectual comprometido y aportó herramientas para la comprensión y la orientación de las prácticas transformadoras.

— Para empezar, ¿podríamos ir acercándonos al por qué de ‘una ética del poder y una moralidad de la protesta’?

— Yo parto de la base de una distinción clásica —la distinción no es mía— de que existen dos formas de moralidad: una moralidad objetiva y una moralidad subjetiva. La moralidad subjetiva es íntima, interior de cada uno frente a situaciones conflictivas. Frente a esto, la moralidad objetiva serían aquellas normas o pautas que están establecidas socialmente y, sobre todo, institucionalmente. Así, por ejemplo, atendiendo a esas pautas institucionales alguien que se considera miembro de un organismo institucional como puede ser la Iglesia o la Universidad o —concretamente— el Estado, justamente va a actuar o va a condicionar su respuesta subjetiva al condicionamiento objetivo, externo, de las leyes que rigen a la comunidad a la cual pertenece y con la que se siente comprometido.

Ahora, sucede que ese es un juego que podríamos considerar “normal”. Por un lado, lo que surge espontáneamente del otro. Por otro lado, las normas establecidas para ese acto moral por las instituciones vigentes. Es “normal” pero al mismo tiempo puede ser profundamente conflictivo en la medida en que esas normas establecidas pueden ser normas opresivas.

Todos sabemos muy bien que hay sociedades en que la vida humana es más difícil que en otras por una serie de normas establecidas que coartan la libertad interior y el modo de vida individual y que nos encauzan de tal manera que la vida se hace realmente difícil, dura. Pensemos en el uso del velo en las mujeres árabes ¿Quién establece el velo? No es cada mujer en particular sino que es una norma que deriva de una institución que es un Estado que sostiene una religión determinada. Vale decir, algo que responde directamente a una pauta de carácter objetivo. La subjetividad puede ser el intento de arrancarse el velo, no usarlo más... animarse a usar la cara descubierta. Ejemplos hay miles.

También nosotros estamos pautados igualmente: no usamos un velo pero sí hay otros “velos” que nos coartan la libertad y resultan opresivos.

Entonces el libro “Ética del poder y moralidad de la protesta” lo que hace es tratar de ver cómo se plantea la cosa cuando frente a esa eticidad —nombre que le da Hegel a esa moralidad objetiva— opresiva, por cierto, responde aquella moralidad subjetiva. Es decir, cuál es la respuesta de cada uno. Respuesta que no es tampoco totalmente la individual sino que es también social. Podemos ser un grupo humano oprimido por el conjunto de normas establecidas legalmente y que, tienen tal fuerza, que no podemos violarlas. Construyen y, al mismo tiempo, van coartando e impidiendo un desarrollo autónomo.

Frente a esto, lo que yo propongo es estudiar de qué manera las asociaciones humanas, las comunidades humanas, las clases sociales (en la medida en que se puede reconstruir la categoría

1 ROIG, A (2002). *Ética del poder y moralidad de la protesta*. EDIUNC, Mendoza.

de “clase social”) rompen, quiebran o entran en conflicto manifiesto con los aspectos negativos de la moralidad objetiva en actitudes que yo denomino actitudes emergentes.

Es como si estuviéramos metidos en un pozo y salimos. Nos han tapado de normas que las sentimos afligentes frente a las cuales se produce el fenómeno de emergencia social. Y los fenómenos de emergencia social van desde la protesta de las cacerolas, la protesta callejera hasta la revolución armada, si se quiere. Son, en definitiva, intentos siempre de ruptura con una situación opresiva.

— *En su libro, Ud. plantea el divorcio entre el derecho y la justicia. Chávez en Venezuela con la Ley de tierras y la de hidrocarburos apuesta al reparto justo de la tierra, a la democratización del capital, a considerar el petróleo como recurso del Estado. ¿Puede considerarse al proceso que está atravesando Venezuela como lo plantea el mismo Chávez: “un proceso revolucionario que se está sucediendo”?*

— El caso de Venezuela es un típico caso de conflictividad. Lo que propone Chávez es rescatar al sujeto mismo de derecho ¿Quién es el sujeto de derecho? Es el Estado, sí. Pero ese Estado ¿va a ejercer el derecho en contra de la comunidad social, en contra de la Nación?, ¿va a producir un conflicto entre Estado y Nación?, ¿va a regular normas en contra de ella? ¿o a favor de ella? Chávez entiende que el Estado venezolano está dictando normas a favor de la Nación entendida como la mayor cantidad integrada de ciudadanos. No un grupo social. No es el Estado en manos de la oligarquía que va a normar jurídicamente a la Nación favoreciendo al grupo oligárquico del poder sino que intenta que sean leyes con un espíritu de democracia

Ahora bien, hay que señalar que el derecho, por el hecho de existir, no es necesariamente “justo”. Puede ser justo o injusto. La ley puede ser justa o injusta. Es por eso que en el libro cité a José Martí diciendo: “La ley mata pero ¿quién mata a la ley?”

— *En esta conformación de emergentes, de nuevos sujetos sociales que están surgiendo sobre todo en América Latina, con una diversidad que hasta ahora no se presenta como una cuestión de clases sino como representando diversos y heterogéneos grupos... ¿hay posibilidades de articulación de la protesta en América Latina?*

— Es una pregunta acerca de cuáles serían las políticas de articulación y si son posibles tales políticas. La respuesta no es fácil. En principio hay que entender que la gente está sufriendo un “des-clasamiento”. Es decir, un desplazamiento de su propia clase social. Por ejemplo, sectores de la clase media que se desplazan a niveles económicos más bajos o que se sienten marginados políticamente, que no tienen participación en el poder político y que su participación se reduce a la emisión del voto para elegir representantes que, de hecho, no representan. Esta es la situación como se vive la democracia en América Latina. Ahora esos sectores emergentes también están en actitud de protesta porque la democracia misma permite la protesta.

¿Hasta qué punto entonces se pueden unir piqueteros y asambleístas barriales? ¿Pueden hacerlo? ¿Lo han hecho ya? Bien, hay que analizar las condiciones dadas. Tiene que aparecer alguien que pueda proponer un plan político conjunto con ciertas bases que sean principio de unidad. Alguien que tenga la capacidad de ser escuchado... En pocas palabras no diría un dirigente “profesional” sino más bien un dirigente espontáneo, natural.

— *Un proceso similar al del Partido de los Trabajadores en Brasil ¿por ejemplo?*

— Podría ser, sí. Pero no hay que olvidar que los procesos no se han dado sólo en Brasil, se han dado en muchas partes. Entonces, deberemos preguntarnos cuándo se produce el fenómeno y cómo están dadas las posibilidades... Esa es la cuestión.

— *¿Y qué puede decir acerca de la relación entre democracia y protesta?*

— La democracia nace como la institucionalización de la protesta. Podemos definirla así. Además, surge históricamente como un modo de institucionalizar, de ordenar la protesta dentro de ciertos marcos legales y de costumbres ¿no? Y eso pasa no sólo en el mundo moderno sino en la antigüedad clásica también. Siempre y en todo momento la democracia va a estar relacionada con la protesta de modo esencial —si es que puede hablarse de "esencia" —. Pero, por lo menos, integra la realidad misma de la democracia la posibilidad de la protesta.

Ahora bien, en el momento en que la protesta es reprimida... allí se acaba la democracia y pasamos a la dictadura. Y suele pasar también que la protesta puede ser reducida al mínimo en formas de democracia viciosa. Por ejemplo cuando dicen: "Señores, ustedes tienen el derecho de no votar por los malos candidatos y con eso quédense tranquilos". La gente está exigiendo la posibilidad de ordenar la protesta. Inclusive, de romper con los ordenamientos de la protesta vigente... Crear nuevos modos de protesta que el Estado se ve obligado a reconocer como la "protesta de las cacerolas" aceptada, tal vez poco fuerte, sin sentido, sin una perspectiva política fuerte... pero esos son otros problemas.

Lo importante es que ahora hay que volver a pensar la relación entre la protesta y la democracia. Volver a estudiar los modos de ejercicio de esa protesta para que la gente tenga una aproximación mucho más vivida respecto del ejercicio del poder. Que el ejercicio del poder no sea algo que pase por el comité del partido. Nada de eso. Es necesario que la protesta pueda ser ejercida en forma eficiente y que, al mismo tiempo, permita un acceso al ejercicio del poder.

— *Algunos hablan de "radicalización de la democracia", de "profundización de la democracia"...*

— Sí, pero la democracia no es algo que ya esté hecho. Nunca estuvo "hecha". Siempre estuvo por "hacerse". En algunos casos se avanzó, en otros se retrocedió y en otros no se avanzó nada. Sin embargo, no cabe duda que el gran reto nuestro es la democracia. Todo el mundo lo siente, todos lo ven, todos lo percibimos.

— *En esta relación entre protesta y democracia ¿en qué sentido influyen los medios de comunicación sobre todo en el contexto de estas cada vez más fuertes políticas monopólicas de la información?*

— Bien, la relación es directa. Lo que pasa es que el capital se defiende y los intereses que tienen como símbolo y como arma el capital, indudablemente, van a tratar de controlar la opinión pública para tratar, a su vez, de ordenar la protesta. En pocas palabras, la lucha por la democracia no basta con publicar un libro sobre la moral de la protesta sino que es necesario una conducta política por parte de todos nosotros frente a los grupos de poder que están manejando grandes capitales y que están manejándolos, además, con toda la tecnología de la comunicación contemporánea en contra de los sectores populares.

Desde su nacimiento el periodismo en el siglo XVIII se organizó en función de un manejo de la opinión pública. Ahora lo que hay que hacer es tratar de ver cómo damos respuesta política a esta situación. Por ejemplo, las asociaciones barriales están sacando sus propios periódicos. Es una respuesta, sólo una: otra respuesta que es la de tratar de interferir los principales canales de comunicación, orientando la opinión pública en un sentido determinado... Y ello, forma también parte de la pelea política ¿no?

— *¿Cómo avanzar hacia una segunda emancipación?*

— Por lo pronto, planteando el problema de la Segunda Independencia: que la gente tome conciencia que somos un estado colonial. Hay que tomar conciencia de que estamos viviendo una situación de colonialidad, una neo— colonia (que no es de ahora, por supuesto, sino que tiene raíces muy profundas y lejanas). Hay que estudiar en qué consiste esta situación y hay que denunciarla y ver cómo salimos. Sin duda, la salida tiene que ser económica, política, moral... En fin, de todos los órdenes porque la situación de colonia y de dependencia abarca todos los niveles de la vida humana. Y hay que rescatar sin duda teorías como la de la dependencia de los '70, de la que se dijo "no es oportuno rescatar teorías infectadas de pensamiento ilustrado" y todos esos cuentos de los posmodernos...

Hay que discutir en todos los foros posibles la cuestión y hacer que en el país se vayan constituyendo —al menos— pequeños Porto Alegres, pequeños Anti Davos... Por todo esto creo que es necesario proclamar la necesidad de una Segunda Emancipación...

— *Los intelectuales desde los '90 están acercándose como colectivo a los problemas concretos y no ya como formando parte de una especie de funcionalidad al sistema...*

— Sí, pero hay que recordar que en los '90 no había la conciencia de crisis que se vive en estos momentos. La crisis se ha profundizado, la conducta política de Estados Unidos también se ha profundizado (en el sentido en que ya hablan concretamente de "imperialismo" por ejemplo). Este gendarme mundial, desfachatadamente, hace sus declaraciones. Evidentemente vivimos una etapa donde se han agudizado los problemas y esto ha impulsado y hasta ha obligado a muchos intelectuales a hablar cada vez con más fuerza que en aquellos años. No digo que hayan estado callados "por prudencia" y ahora hayan perdido la "prudencia". No. Simplemente la situación nos permite ver otras cosas que no se veían con la claridad con que se ven ahora. Incluso ahora la claridad es tal, que nadie se puede callar la boca... Hace rato era necesario hablar, salir a decir lo que estaba pasando que, por otro lado, es la misión del intelectual.

— *¿Cómo pensar el rol social de la universidad?*

— Sin duda, la necesaria inserción del proceso de estudio en el proceso productivo. El estudiante debe incorporarse haciendo, por ejemplo, prácticas sociales. Nosotros intentamos hacerlo en 1973, yo tuve la posibilidad de hacerlo porque era Secretario Académico...

Teníamos mucho poder político en ese momento... Hasta que después no tuvimos ninguno por supuesto (risas). Lo intentamos. La universidad tiene que salir a la calle. Así cerrada sigue siendo elitista y reaccionaria, destinada a formar profesionales que salen a beneficiarse con su título y no a pensar en el compromiso moral que tenemos todos con nuestro pueblo. Nosotros hicimos una propuesta. Puede retomarse, hay otras también... Pueden inventarse...

Todo está abierto a la invención...

— *Habrá que terminar con las divisiones de "claustros" en la universidad al menos...*

— Por supuesto, cuando se está en el "claustro" se está encerrado. Así que, sin duda, terminemos —al menos— con la claustro-fobia (risas). Es un buen comienzo...